
La lectura como espacio conjetural

Reflexiones teóricas a partir de dos investigaciones realizadas a propósito de la escritura salteña de los ochenta-noventa

*Marta Ofelia Ibañez - Beatriz Elisa Moyano - Susana A.C. Rodríguez
Consejo de Investigación, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta*

La impresión de fuerza heurística que proporciona a menudo la puesta en práctica de esquemas teóricos que expresan el movimiento mismo de la realidad tiene como contrapartida el sentimiento permanente de insatisfacción que suscita la inmensidad de la labor necesaria para obtener el rendimiento pleno de la teoría en cada uno de los casos contemplados –lo que explica los incontables reinicios y retoques– y para tratar de exportarla cada vez más lejos de su región de procedencia, con el fin de generalizarla a través de la integración de rasgos observados en casos lo más variados posibles. Una labor que podría prolongarse indefinidamente si no hubiera que ponerle un término, algo arbitrario, con la esperanza de que esos primeros resultados, provisionales y revisables, hayan indicado suficientemente la dirección que debería tomar una ciencia social preocupada por convertir en programa de investigaciones empíricas realmente integradas y acumulativas la ambición legítima de sistematicidad que contienen las pretensiones totalizantes de la «gran teoría».

Pierre Bourdieu. *Las reglas del arte*

Introducción

Este trabajo intenta realizar reflexiones teóricas a partir de dos investigaciones generadas en el ámbito del Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta. Pretende mostrar la provisoriaidad de los acercamientos lecturo-

lógicos al analizar las diferencias entre una primera puesta en lectura de la lírica salteña de los ochenta –Trabajo 325, «La escritura salteña de los ochenta. Condiciones de producción y reconocimiento» (CIUNSa 1993)– y una segunda, constituida por la ampliación genérica y diacrónica del corpus, ya que introdujimos novelas de esa década y poemarios de los noventa, respectivamente, –Trabajo 422, «La escritura salteña de los ochenta como espacio de hibridación y entrecruzamiento discursivo» (CIUNSa 1995)–. Del análisis metacrítico se infiere hasta qué punto la interpretación es un riesgo si nuestras intenciones como lectores especializados son las de atrapar la fluencia de los textos literarios y disciplinar sus sentidos.

Sin embargo, los peligros de la interpretación no deben ser óbice para desistir del intento de realizarla, porque es en el camino que se recorre y no en el término, en la llegada, donde se despliegan las preguntas fundamentales. Por ejemplo, establecer un «corpus», elegir y descartar textos, ¿no supone un corte plagado de limitaciones? Los estudios literarios se obstinan en «neutralizar» los aspectos contradictorios que subsisten, más allá del recorte y de las exigencias disciplinarias, como el retorno de lo reprimido.

Según Yuri Lotman, la cultura se constituye como un fragmento cerrado sobre el fondo de la no-cultura; por analogía, la selección de un «corpus» de textos aparece significado en relación a otros considerados no significantes. Cuando se opera el corte, el cuerpo escritural que se re-corta se significa en relación a un resto in-forme, el no-cuerpo de una escritura que permanece como una amenaza inevitable. Como si nos dijera: «estoy aquí, esperando el resultado de la intervención, no olviden que sus conclusiones son provisionales y ante cada afirmación taxativa estoy yo dispuesta a relativizarla». Presencia de sentidos que no por ignorados, son menos reales o posibles.

Es decir, es el proceso de significación el que nos provee de las marcas para establecer los límites, pero es en el interior de dicho proceso donde funcionan las variables que admiten la clasificación a partir de constantes y semejanzas: la inclusión en una clase (los textos literarios que se incorporan a tal o cual ideograma, como analizamos en el trabajo 325) implica la exclusión de las diferencias, que, aunque significativas, resultan desde ahí, ilegibles. De esto se trata, en síntesis, de mostrar cómo en el Trabajo 422 nos hicimos cargo de esas diferencias que, en esa segunda instancia, implicaron un nuevo «recorte» textual y la relectura del anterior.

«Acercamiento» a las condiciones de lectura de la literatura salteña de las décadas de los ochenta-noventa y no «cercamientos» de la misma que, si la analizamos en su autonomía, se constituye en el exceso de sentidos (pluri-isotópica).

Precarias son las conclusiones a las que arribamos luego de esta metacrítica. Sin embargo, a pesar de que el trabajo del estudioso de las «letras» se contraponen a la riqueza de su campo de análisis no creemos en la inefabilidad de este último, aunque sí sea irreductible. Compartimos la pregunta de Algirdas Julien Greimas cuando en *De la imperfección* enuncia: «¿Es que edificar sobre la arena no es acaso cultivar la espera de lo inesperado?» (1990: 94).

I.

La sociedad salteña, condicionada por la herencia hispánica, conserva aún ciertos resabios de una organización feudal y patriarcal. Provincia mediterránea, alejada de los centros cosmopolitas y comerciales, Salta no se ha mantenido ajena a las transformaciones globales de las últimas décadas, como lo prueba el surgimiento de nuevas voces en la escena social y cultural. Entre los agentes de estos cambios, las Universidades –Nacional y Católica– han constituido un importante foco, en tanto ámbitos de formación de recursos humanos y de grupos de estudio que instituyen lugares de discusión teórica y donde se acogen los avances del pensamiento contemporáneo.

Es en este marco en el que nace la inquietud por trabajar algunos textos literarios representativos de los ochenta. Condicionadas aún por una tradición lecturológica deudora de la Estilística, la Hermenéutica o el Estructuralismo, asumíamos como insuficientes tales referentes teóricos, en tanto obviaban una dimensión que, desde nuestra perspectiva, es insoslayable: los modos en que la producción literaria se relaciona con la sociedad en la que surge. Informadas por las construcciones teóricas de la Semiótica y de la Teoría de la discursividad social, en la línea de las propuestas de Julia Kristeva y de Eliseo Verón, nos parecía imperativo desclausurar las formas canónicas de leer, cuyos canales de difusión (la Academia y la Escuela) propiciaban sin cuestionamientos.

Las postulaciones de ambos teóricos, leídas desde las relaciones de semejanza y de complementariedad, resultaron operativas para aquel cometido, en un diálogo constante entre la teoría y el corpus seleccionado, dando origen al trabajo 325. Nos parece fecundo recorrer los avances de aquel trabajo, puesto que instigaron las ampliaciones y discusiones posteriores. Pese a que, desde una mirada crítica actual, el mismo adolece del reduccionismo que intentábamos corregir, el mérito de haber incursionado en forma desembozada por carriles teóricos no tradicionales, estimuló el debate y formalizó una posibilidad cierta de repensar la producción de sentido de los textos. Al monopolio de las voces teóricas autorizadas por la academia o el prestigio social, oponíamos la libertad de decir,

desde un contradiscurso. El semanálisis de Kristeva, construido al fragor de Mayo del '68, y la teoría de la discursividad social de Verón, cuyo objeto de estudio dista de la reflexión sobre la literatura, nos llevaron a inquirir en el nudo de la producción social del sentido.

Así, centramos la atención en conceptos como «texto», «discurso», «producción» y «reconocimiento». La focalización de los sujetos enunciativos nos hizo establecer sus vinculaciones con los ideogramas kristevianos, andamiaje a partir del cual intentamos dar cuenta de cómo lo social se textualiza en la literatura. Cuestiones éstas que desarrollaremos en los puntos siguientes.

1. La tradición idealista fijó en el léxico de la crítica de nuestro siglo las nociones de «obra literaria», «creación literaria», con todo el peso semántico que conllevan. Sabemos hoy que las palabras no son inocentes, ellas condensan las miradas que sobre el mundo, sobre las relaciones de los hombres entre sí y con sus producciones, establece una cultura determinada.

Pensada en esa tradición del pensamiento occidental, la literatura queda reducida a los límites de lo cerrado, acabado, implícitos en la noción de «obra», amén de la deuda con un sentido anterior al texto, recogido por un autor y al que el lector podía acceder desde la fruición de la emotividad o desde el lugar del lector crítico.

Leer un corpus de textos desde las nociones de productividad textual (Kristeva) y de semiosis infinita (Verón) supone la filiación a un enfoque materialista de la producción humana, desde el cual, «el sentido» inherente a todo constructo cultural, no es algo establecido de antemano sino que surge del complejo juego de las relaciones entre los que producen y los que leen, en un incesante proceso de reversibilidad, en tanto la producción es un reconocimiento y éste genera a su vez una nueva producción.

El texto, concebido como una realización material que se orienta doblemente «... hacia el sistema significativo que lo produce (la lengua) y hacia el proceso social en el que participa en tanto discurso» (Kristeva, 1981a: 11), demanda un enfoque translingüístico que pueda dar cuenta de la producción del sentido. Caen de ese modo, las maneras de leer acuñadas por la tradición estilística y estructuralista que circunscribían, en el primer caso, la producción del sentido a la combinatoria, las desviaciones, las innovaciones que se hacían sobre el código; o, en el segundo caso, se lo obliteraba en lecturas descontextualizadoras. Sin embargo, creemos que el mérito de tales corrientes consistió en el trabajo sobre el significante y en el reconocimiento de ciertas matrices estructurales que recuperaban la materialidad del texto aun cuando esta dimensión no fuera el objetivo de

su análisis.

Admitir la factura material, concreta, de los textos literarios, indagar en ella desde las huellas de lo social, significó aceptar que los mismos participan en las confrontaciones discursivas de un campo cultural. Se abrió así otro abanico de posibilidades de lectura: el de la discursividad, en conformidad a las postulaciones de Verón que reserva el nombre de «discurso», «discursividad», «discursivo» para señalar un cierto modo de aproximación a los textos (1987: 17). Consentíamos con la posición del semiólogo citado que en otro pasaje de su teorización señala que «un texto puede ser o no puede ser tratado desde un punto de vista discursivo. [...] La noción de discurso corresponde, por lo tanto, a un cierto enfoque teórico en relación con un conjunto signifiante dado [...] Esta noción de discurso es inseparable de un conjunto de hipótesis relativa a elementos extratextuales». (1987: 17)

Así, se diseñó un programa de ingreso a las textualidades, elegido en controversia abierta con las ideas de que el arte permanece ajeno al devenir social, o en su defecto es mostración, reflejo de la realidad.

Ambos teóricos ponderan el trabajo que se realiza sobre la materia signifiante. Un punto clave en esta travesía es considerar que la producción del sentido –investido en paquetes de materia signifiante– es social y por ende, reconocer lo literario como efecto de convenciones y contratos de lectura de un grupo cultural dado. La naturaleza social de la literatura es inherente a su propia existencia y modos de circulación. Si no, piénsese en los modos de difusión que la convierten en un fenómeno social –lecturas críticas, publicidad, presentaciones oficiales, ingreso a la academia– sin las cuales no existiría como tal.

La posibilidad de significar, ingénita a cualquier acto social del hombre, abrió perspectivas insospechadas. Por ejemplo, orientó la lectura de la «Hoja de poesía» desde una mirada crítica que excedía lo lingüístico, e inscribió esa producción en un conjunto social, el de la Salta de los ochenta, en la que voces disidentes reclamaban un espacio. Los poemas publicados en estas plaquetas no podían sólo leerse con el utillaje teórico proveniente de la lingüística, del estructuralismo o de la hermenéutica, porque se obturaba esa dimensión del sentido vinculada al modo en que estos textos circularon. En efecto, en el gesto de mostrarse, de ofrecerse a los lectores –suspendidos de una soga con broches de ropa– se escribía la desacralización de los lugares canonizados para la presentación de los productos culturales (el museo, la academia). La elección de la plaza pública, la ausencia de voces autorizadas que le confirieran a esa poesía el reconocimiento oficial postulaban una doble remisión, hacia la lengua y lo social, y requerían de una lectura paragramática. Sólo así, podíamos trazar esa vertical de la que

habla Kristeva, en tanto significaron una ruptura con las costumbres instituidas y los elementos extratextuales actuaban en la producción del sentido sin que ello implicara un reflejo de algo.

2. Definido uno de los criterios que fundamentaron nuestro análisis –la literatura como texto y como discurso– consideramos los modos en que la discursividad social se inscribe en las textualidades. En conformidad con la idea de que un «paquete textual» es el «lugar de manifestación de una multitud de huellas que dependen de niveles de determinación diferente» (Verón, 1987: 19), la investigación se centró en la búsqueda de los modos en que la sociedad salteña surcaba la escritura de los ochenta.

Habida cuenta de que la cultura posee mecanismos para significar sus prácticas, discursivizándolas, los elementos extratextuales se incorporan a la materia literaria en forma de trazos que los discursos sociales vigentes dejan en los textos. En el cuerpo textual estudiado hallábamos la asociación con el imaginario religioso y con el revolucionario, indicadora de una continuidad con la escritura precedente –décadas del cuarenta, del sesenta–; pero al mismo tiempo se insinuaba una vocación escritural diferente, inscrita en las rupturas no sólo con los códigos de la lengua (uso libre de las mayúsculas en Raquel Escudero, espacialidad explotada en la escritura de la mayoría de los poetas), sino también con los de otras pautas sociales: a la ya aludida sustitución del museo por la plaza, agregamos el gesto de Jesús Ramón Vera que publica un poemario en hojas de padrones electorales, contraviniendo las normas editoriales que, en cuidadas ediciones, preservan la «pureza» e «incontaminación» de lo literario. Circuito que se completa con la idea de descoleccionamiento subyacente en la edición de textos con páginas sin numerar, o con la numeración alterada (Escudero, Bellone), provocando de ese modo la infiltración desembozada del lector en la producción del sentido. El fantasma de un lector, libre de los designios del autor, capaz de disponer su trayectoria de lectura, estaba instalado más allá de la conciencia o no de quienes producían esos textos.

Si bien las generaciones anteriores habían perturbado los modelos decimonónicos –en la línea del modernismo y del realismo literario– esa parábola se enriquece con una escritura cuyos atrevimientos profundizaron el quiebre con la producción que la precede. Así, el discurso amoroso gana un lugar diferente, en tanto construye enunciadores femeninos que reivindican el cuerpo deseante de la mujer, como una variante de capital importancia en la poesía femenina. Ésta, marcada por el imaginario religioso, enmascaraba el erotismo femenino con los ropajes de la piedad o de la caridad.

En la arena de la discursividad social polemizaban las voces de la Salta de antaño y la Salta de los ochenta. La memoria del pasado, con su mandato de respetar los valores tradicionales, funciona todavía en las condiciones de producción de los ochenta, pero ya se había trastornado el reconocimiento que los actores sociales hacían de la memoria colectiva. Porque en la producción de los escritores estudiados, discursos provenientes de prácticas contemporáneas –en sus variantes de reflexión sobre la literatura, el inconsciente, los procesos sociales y políticos– instilaban, sutilmente, una renovación en el imaginario social.

En ese orden, registramos las vacilaciones de quienes pendulaban entre los «verosímiles semánticos» (Kristeva) según los cuales ciertas verdades atraviesan las fronteras del tiempo y la materialización en formas poéticas que derivan de las revoluciones vanguardistas. Un ejemplo lo constituye la poesía de Nancy García, cuya gramática de producción nos reveló la preeminencia de un sujeto escritural sometido a lo trascendente, a las leyes divinas pero liberado de las reglas de la poesía canónica. Nuestra lectura, limitada, no supo explotar en aquel momento la paradoja implícita en una poesía que elige las formas consagradas por la vanguardia para afirmar una discursividad en abierta contradicción con los moldes en que se expresa.

Al cambio en las condiciones de producción –entre las que citamos las vanguardias artísticas, los movimientos políticos del siglo XX, la apertura de lugares para la reflexión teórica, las luchas de grupos marginales– correspondió la transformación de las condiciones de reconocimiento, que se tradujo en una apropiación disidente de los valores consagrados por la doxa: al discurso de afirmación de lo religioso, se opone la increpación o execración (Escudero, Vera); a la ley del Padre, traducida en mandatos, se contraponen la de un sujeto femenino que reivindica el derecho al goce de los sentidos (Saravia). También el espacio literario se construye como evidente absorción de otras textualidades (Bellone, Gutiérrez, Poderti, Fernández Esteban). La literatura, simulacro de otros simulacros, apostasiaba de la condición de reflejo de lo real, para mostrar que ella se escribe desde otros textos.

En esa migración de textos a textos, de lo social a lo literario y viceversa, adquiere un nuevo espesor el concepto de ideograma, entendido como «el encuentro de una organización dada con los enunciados que asimila en su espacio o a los que remite en el espacio de los textos (prácticas semióticas exteriores)» (Kristeva, 1981c: 15) y que sustenta el concepto de intertextualidad, derribando de ese modo la creencia en la originalidad del hecho literario.

3. La homologación entre las propuestas de Verón y de Kristeva –en lo concer-

niente a texto, discurso, condiciones de producción (genotexto) y condiciones de reconocimiento (fenotexto)— nos proveyó de una utilería teórica que fundamentaba nuestros avances. Una nueva voluta se insinuó en las reflexiones, sin la cual no podríamos haber dado cuenta de la inscripción de lo social: ¿cómo precisar los modos de inserción de lo ideológico en un trabajo concebido como esfuerzo por superar la unidireccionalidad de los estudios críticos convencionales?

Atentas a que «las variaciones en la relación de los discursos en sus condiciones de producción afectan sobre todo los mecanismos de enunciación» (Verón, 1986) y que es aquí donde la dimensión ideológica se inscribe, procuramos recorrer algunas de las determinaciones que actúan en las representaciones imaginarias y se proyectan en los enunciados, dejando ciertas «marcas», «que se manifiestan en los distintos niveles de organización del discurso» (Pecheux, 1978).

Consecuentes con esta perspectiva teórica nuestro recorrido se centró en la constitución de los sujetos enunciativos. La amalgama con el concepto de ideologema de Kristeva, nos llevó a incursionar por las equivalencias entre los sujetos de enunciación del material poético estudiado y las constantes ideologemáticas de las que habla Kristeva a propósito de la cultura occidental.

La teórica búlgara se refiere a tres grandes momentos, que se identifican según el predominio de la relación del hombre con unos pocos universales que organizan el mundo (ideologema del símbolo); con una práctica semiótica transformadora (ideologema del signo), o con una escritura que desplaza las determinaciones de los ideogramas precedentes (ideologema del trasigno).

Con respecto al primero, su particularidad consiste en concebir al hecho literario como mostración de verdades metafísicas; construye, por lo tanto, un sujeto enunciativo sometido a las mismas. Asimismo delinea figuras arquetípicas y establece una disyunción irreparable entre fuerzas encontradas. La concepción del tiempo es cíclica y hay una tensión constante hacia la recuperación de un paraíso perdido.

En el ideologema del signo, en cambio, se produce la infinitización del discurso. Orientada por una intencionalidad, «la práctica semiótica transformadora contrariamente al sistema simbólico, es cambiante y tiende a transformar» (Kristeva, 1981a: 256). Su referente no son unos pocos universales sino que ya hay una escucha de los aspectos problemáticos y conflictivos de la sociedad.

A la disyunción categórica del ideologema del símbolo se opone la construcción de un lugar para la ambivalencia y para el desplazamiento de los arquetipos, sustituidos por burgueses, marginales, revolucionarios; es decir, el hombre cotidiano. Atravesado por la tensividad hacia la utopía, por el sueño de mundos

mejores, el ideologema del signo asimila enunciados de prácticas sociales comprometidas con un proyecto humano, instituyendo como referente lo real en una manifiesta voluntad de similitud o semejanza con el discurso natural (Kristeva).

Pese a sus diferencias, los ideogramas del símbolo y del signo aparecen como variables de un sistema semiótico mayor que los abarca y en el cual el referente, –ya trascendental, ya real, posible de ser aprehendido en las categorías trascendentales o en el mundo de las cosas sensibles–, es una nota distintiva. En relación a esta característica, los textos se someten a exigencias de verosimilitud que operan tanto en el plano sintáctico como semántico.

La cultura letrada de occidente responde en toda su extensión a este sistema semiótico. Será recién en las postrimerías del siglo XIX, cuando se sienten ya los efectos de los cambios en las condiciones productivas, en que el longevo sistema cultural comience a fisurarse. En efecto, a partir del Simbolismo –reforzado luego en las Vanguardias– surge un nuevo sujeto de la enunciación que da cuenta de las transformaciones sociales y culturales, pero sobre todo, del viraje epistemológico. Así, los experimentos de Rimbaud, Lautreamont y Mallarmé roturaron un campo diferente en la escritura poética y testimoniaron el agotamiento de un modelo. La producción artística confluye con el salto epistemológico, que desde Marx, Freud, Nietzsche y Einstein, no cesa de producirse. Se fragua un sujeto inédito consciente de ser hablado por el lenguaje, por el Otro –el inconsciente–. En este espacio, el del trasigno, se constituye un sujeto borrado, conformado por la apropiación declarada, manifiesta, de textos anteriores o sincrónicos. La ilusión de referencialidad cae junto a las verdades absolutas: la pluralidad y la diversidad cultural empiezan a ser posibles, en tanto en este nuevo ideologema se niega el referente, las verdades absolutas; se posibilita así la productividad textual.

Esta práctica escrituraria en la que estalla la matriz del signo recupera la dimensión volumétrica del lenguaje y requiere una lectura paragramática que atraviese la lengua y la reinserte en la sociedad. Nos enfrenta a una producción en la que hay una caída, una interdicción del concepto de obra literaria; nace el «texto» del que es ya imposible hacer una lectura verosimilizante.

II.

Construidos en la provisoria de las lecturas, que sin *cercar se acercan* al texto literario, los trabajos 325 y 422 son aproximaciones incompletas.

En este contexto diremos que, así como en la primera parte fuimos reconociendo los aciertos del primer trabajo (su ruptura en relación a las formas lecturo-

lógicas canonizadas) y algunos de sus límites; en este tramo, intensificaremos el último aspecto en detrimento del primero.

Centrado en la década de los '80, el Trabajo 325 tuvo entre sus méritos el reconocimiento, en el espacio escritural salteño, de la vigencia de ideologemas del pasado distante –el asentado sobre la práctica religiosa–, del pasado reciente –el que encuentra sus cimientos en la práctica semiótica transformativa– y el absolutamente contemporáneo, fundado en las prácticas reescriturales. La pervivencia de estos ideologemas, que fueron constituyéndose en distintos momentos de la historia de occidente, es ya una muestra de la mezcla de tiempos en el mismo espacio, propia de la cultura latinoamericana y de la vigencia de regímenes sociales patriarcales y feudales en coetaneidad con estructuras socio-económicas capitalistas.

Así, un afán clasificatorio –propio de la modernidad– y una pretensión de hacer ciencia de la literatura, nos llevó a estudiar los textos que, producidos en esa década, leímos como informados por alguno de estos tres ideologemas: el del símbolo, el del signo y el del trasigno. La producción de textos informados por estos ideologemas es un síntoma de la profunda hibridación cultural latinoamericana y de la acentuación de ese fenómeno –por la impronta de los medios masivos– en las últimas décadas. La aparición de poemarios como *El corazón tatuado* (Herrán, 1993), *Poética sin licencias ni vacaciones pagas* (Maita, 1993), y *Canción de la ballena* (Machado, 1994), sólo muy tangencialmente relacionables con los ideologemas citados, nos advirtieron del riesgo de los encasillamientos. Este tercer libro de Leonardi Herrán, situado en la tradición de la poesía amorosa de occidente, nos llevó a preguntarnos el porqué de un texto «amoroso» en contraste con poemarios situados abiertamente en la práctica transformativa, como son *Incesante memoria* (1985) y *Blues del contraolvido* (1991), que ya desde el título evocan el discurso epocal: aludimos a *Nunca más* (Conadep), y *No habrá más penas ni olvido* (Oswaldo Soriano). Esto produce una hibridación en la escritura de la poeta. En cuanto a los poemarios de Maita y de Machado, más allá de tematizar «la reivindicación de los oprimidos» o del «feminismo» remiten a una instancia superadora del movimiento dialéctico entre polos irreconciliables: opresor/oprimido (Maita); varón/mujer (Machado).

En el trabajo 325 se había delimitado el corpus mediante la selección de textos en los que podían leerse huellas de los ideologemas nombrados, el resto de la producción de la década no fue, entonces, leído.

En la ampliación del corpus –esta tarea era uno de los objetivos del Trabajo 422–, comprobamos que en relación a los textos de Maita, Machado, Leonardi Herrán (en lírica), Bellone, Usandivaras de Torino y Ahuerma Zalazar (en nove-

la) los marcos elaborados anteriormente resultaban insuficientes. Como suele suceder con el texto literario –cuya ley es no tener ley– los ríos se salen a veces de los cauces: la literatura, por su ambigüedad inherente, suele no admitir etiquetas. Y la crítica, en su afán de coherencia, fuerza y obtura la producción de sus sentidos. Si no podíamos hablar de poesía comprometida ni amorosa (porque estas cuestiones se mezclan en los textos de Maita, Machado y Leonardi Herrán), ni de novelas históricas o de costumbres para referirnos a los textos de Usandivaras, Bellone o Ahuerma, cuanto menos podríamos conseguir una etiqueta que hablara de todos a la manera del «regionalismo exterior» o del «regionalismo interior», clasificación hecha por la crítica en relación a las generaciones del cuarenta y del sesenta (Chibán, 1982: 110). Muchos textos escritos en esas décadas fueron (aunque en menor cantidad) también difíciles de encasillar, como la poesía erótica de María Angélica de la Paz Lezcanos. La crítica operó en su momento –como nosotras en el trabajo 325– a partir de las regularidades, sin leer lo diferente.

En la búsqueda de otros marcos teóricos, ampliamos nuestra perspectiva disciplinaria que había reducido la relación texto/sociedad al enfoque semiótico, para abocarnos a un enfoque interdisciplinario en diálogo con la propuesta antropológica de García Canclini, la sociológica de Pierre Bourdieu y la Sociocrítica canadiense. Nos planteamos la pregunta ¿qué había sucedido en esos años en ese espacio social para que se acentuaran condiciones de producción y reconocimiento tan indóciles a las clasificaciones?

En un capítulo del trabajo 422, llamado justamente «Campo literario salteño. Pasado y presente», focalizamos –desde la teoría del campo intelectual de Bourdieu– a esos actores sociales que son los escritores. Trabajamos las hegemónicas y marginalidades de este espacio literario dividiendo su cronología en dos grandes etapas. La fecha utilizada para separarlas es el comienzo de la década de los ochenta, en la que se producen dos textos que todavía significan un reconocimiento del liderazgo que por más de cuarenta años tuvo Juan Carlos Dávalos en el campo que nos ocupa¹.

1.

Juan Carlos Dávalos fue hijo y nieto de abogados. Invirtió –Bourdieu habla de «inversión» oponiendo este término a «vocación»²– su infancia y adolescencia en «devorar» la biblioteca familiar y su juventud en la lectura libre, durante los años de bohemia en la ciudad de Buenos Aires, en los que nunca pudo obtener el título de abogado. Esta «inversión» le permite una antigüedad en el juego que lo coloca en un lugar central, desde la publicación de su primer libro en 1914, hasta

su muerte, ocurrida en 1959, liderazgo que le valió el apelativo de «gran cacique», acuñado por Xavier Abril (Adet, 1981: 16). Veinte años después, en los ochenta, permanece presente en textos que aún lo «reconocen».

En la década del cuarenta, el grupo «La Carpa» se presenta como una corriente innovadora dentro de la lírica salteña. Curiosamente, en la polémica entre «los nuevos» (Castilla, Aráoz Anzoátegui) y «los viejos» (Díaz Villalba, Luzzatto, Mirau, Peñalva y Barbarán Alvarado) tercia Juan Carlos Dávalos y «la sangre no llega al río» (Adet, 1981: 19). «Dávalos –dice Adet– sigue siendo, no obstante, la gigantesca roca contra la que se estrella el manifiesto de La Carpa y su ‘tenemos conciencia de que en esta parte del país la poesía comienza con nosotros’, lanzado en reto de negación al rostro del viejo poeta que recibió la andanada con filosófica pachorra en su sillón» (1981: 19). Afirmaciones que confirman el peso de su palabra, el peso que su opinión tenía entre los jóvenes.

La rebeldía adolescente del grupo fue «comprendida» y «perdonada» por «don Sanca», al punto de que, años después, no vacila en transferir parte de su «capital simbólico» (Bourdieu) a estos poetas, realizando prólogos que daban la bienvenida a sus libros. Los hombres del cuarenta devuelven su gesto dedicándole poemas (Castilla, 1986: 66), ponencias (Aráoz Anzoátegui, 1980: 207) y apuntes biográficos (García Pinto, 1976) en los que reconocen la absoluta hegemonía que Juan Carlos Dávalos tenía –hasta entonces– en el campo literario salteño. El era la figura señera, el árbitro absoluto, ser recibido en sus tertulias era ya mecanismo de consagración. Escritos como los de Aráoz Anzoátegui y Walter Adet confirman el alborozo que sus autores experimentaron al ser aceptados en el cenáculo. Sabemos por otra parte, que el prestigio literario de Juan Carlos Dávalos iba unido a su prestigio social. Recordemos que era sobrino de los dueños del ingenio San Martín, los Patrón Costa, quienes le hacían llegar –como verdaderos mecenas– los cheques que hicieron posible su obra³.

En los últimos años del «patriarca», hacen sus primeras armas en las letras los hombres que después serían agrupados por Hugo Ovalle en la *Poesía de Salta. Generación del 60* (Ovalle, 1979). Dos de ellos, Regen (1992: 159) y Adet (1981: 21 y 22) son los que realizan en los ochenta los textos ya nombrados que implicaron las últimas ondas concéntricas de la hegemonía davaliana.

Desde los sesenta Manuel J. Castilla hereda el lugar central y se convierte en la figura hegemónica⁴. La posición subalterna de los poetas, en relación a las figuras señeras, provoca efectos en las elecciones realizadas «en el espacio de las modas de expresión» (Bourdieu, 1988: 149) y sucesivas tendencias con pretensión homogeneizadora se impusieron. Se hacen presentes los «manifiestos» que muestran al menos la intención de realizar un proyecto estético común. En el

cuarenta –por ejemplo– hay una apropiación de la cultura popular desde la estética «culta». Una clara muestra de lo afirmado son las letras de las zambas que firmaran conjuntamente Castilla y Leguizamón. A pesar de esto lo «alto» y lo «bajo» permanecían, sin embargo, muy bien delimitados.

2.

A partir de la muerte de Castilla, ocurrida en 1982, los centros se multiplican, se produce una especie de ruptura con la tradición, de «pérdida de la memoria cultural» (Lotman) que puede tener entre sus causas la juventud de quienes no han conocido a Dávalos ni a Castilla y entre sus consecuencias, la proliferación de estéticas diversas, polifonía de voces que confirma la imposibilidad de rotular a los escritores de la década de los ochenta con una etiqueta que les quepa a todos.

Sin embargo, ya en los sesenta encontramos antecedentes de este fenómeno que podríamos denominar como la absoluta democratización de las letras salteñas. Los hombres del interior (Carlos Hugo Aparicio) y las mujeres (Teresa Leonardi Herrán) interrumpen la dominancia que hasta el cuarenta tenían los varones relacionados de alguna manera con las familias tradicionales salteñas. (Mientras en los cuarenta, fue Sara San Martín, nuera de Juan Carlos Dávalos, el único referente femenino.)

Esta dinámica se acentúa en los ochenta. Mujeres de todas las edades (Zulema Usandivaras es contemporánea de Castilla y Aráoz Anzoátegui; Leonardi Herrán fue incluida en la antología de Ovalle) pudieron publicar recién en esos años, en absoluta contemporaneidad con las nacidas en los cincuenta y los sesenta, que por otro lado, forman grupos, editan revistas, abren talleres.

También en el interior se reúnen los poetas (el grupo «Vocación» de Orán, es un ejemplo). Los textos producidos en Tartagal (Cabot, 1995), Metán (Maita, 1993) y Joaquín V. González (Omar, 1989) comienzan a tener un cierto reconocimiento en la capital provincial.

Así, todos aquellos a quienes no les era dado un lugar en el cenáculo tomaron la palabra sin «padres» aparentes.

La profunda complejización del campo literario salteño (los centros y las márgenes a partir de los ochenta ya no son tan claros) constituye, entonces, una de las causas de la dificultad de encasillar o rotular a los textos producidos en las décadas de los ochenta y los noventa. Se pone en evidencia, una vez más, la íntima relación entre las posiciones en el campo social correspondiente –verdaderos «locus» enunciativos– y las elecciones realizadas en el espacio de las modas de expresión que Bourdieu trabajó en relación a la literatura francesa del

siglo XIX.

Así, en medio de una profunda heterogeneidad social del campo literario contemporáneo, marcada por el ingreso masivo de la mujer y de los hombres del interior y de una intensa polifonía (los desplazamientos sociales hicieron posible la aparición de nuevos lugares de enunciación en los textos) fue necesario buscar teorías que sirvieran de marco de referencia para la lectura de textos señalados por la hibridación y el cruce de discursos⁵.

De un marco teórico cuyo funcionamiento en la producción cultural de los países centrales había mostrado su eficacia, (Kristeva; Verón) pasamos, en el 422, a uno cuyas condiciones son la América latina mestiza y heteróclita y el Canadá plurilingüe y multicultural, lo que permitió trabajar la diferencia y resultó productivo a la hora de trabajar los textos literarios periféricos.

III.

Cuando percibimos, a través del estudio del «campo literario» salteño y la ampliación del «corpus» de textos leídos, que clasificar en ideologemas la escritura salteña de los ochenta y noventa reducía las posibilidades explicativas por estrechar demasiado los límites a un marco «presupuesto», teníamos conciencia de que, en la búsqueda del sentido, la teoría exige un grado de coherencia al que –es ineludible– se debe someter el investigador cuando realiza la selección (es decir, cuando constituye el corpus).

Sin embargo, al desechar la taxonomía y liberar la lectura-relectura de los poemas y novelas seleccionados en los dos trabajos de investigación, coincidimos, sin saberlo, con el trazo que recorre otros campos del saber, tal como la geometría de los fractales, por ejemplo.

Benoît Mandelbrot dice que «los objetos naturales [...] tienen en común el hecho de poseer una forma sumamente irregular o interrumpida» (1993: 13), por ello necesitó inventar un modelo de lectura de la realidad distinto de los continuos y homogéneos que le proveía la geometría euclídea: «la geometría de la naturaleza es caótica y está mal representada por el orden perfecto de las formas usuales de Euclides o del cálculo diferencial» (1993: 17).

Nosotras atendimos a la resistencia de los textos literarios para entrar en un andamiaje clasificatorio y observamos, desde una metacrítica, que, en cierta manera, los bordes y anfractuosidades de las escrituras consideradas son como la realidad irregular observada por Mandelbrot, donde «el modelo continuo y perfectamente homogéneo fracasa y (no) puede servir (ni) tan sólo como primera aproximación» (1993: 15). La relectura del corpus, tratado en una primera in-

vestigación según el marco de las teorías de Eliseo Verón y Julia Kristeva, nos permitió confirmar el valor heurístico¹ de las conjeturas desarrolladas al mismo tiempo que sus límites, puestos de manifiesto con la ampliación de dicho corpus.

Necesitamos, entonces, tomar una posición crítica frente a los modelos teóricos elaborados en otras latitudes y en esta tarea nos sirvió de orientación lo que Walter Mignolo afirma cuando dice «hablo de los *locus de enunciación* y de *construcciones imaginarias*, en la medida en que si bien nos interesa, por un lado, comprender conceptualmente las teorías, nos interesa también comprender el locus de enunciación donde esa teoría se produce» (1994). A la luz de este designio surgió la revisión crítica de las teorías que podían ser operativas para desarrollar una lectura capaz de atravesar los distintos niveles de la producción lírica y narrativa salteña de los ochenta/noventa, y de dar cuenta de sus «irregularidades» más que de sus «regularidades» discursivas.

Entendimos que la lectura de los textos literarios implica, por parte de los investigadores, la comprensión de la diferencia que se registra entre la teoría literaria y la práctica escritural, habida cuenta de la afirmación de Pierre Bourdieu (1991) de que teoría y práctica tienen dos lógicas distintas y la primera es a la realidad como el mapa a la geografía. El grado de abstracción que supone el *mapa* reduce las diferencias que en la realidad se presentan y obliga al investigador a forzarla, para que el modelo la contenga y permita su coherencia y generalización. ¿Cómo construir un modelo posible de lectura sin reducir «la polifonía conflictiva» (García Canclini, 1990: 249) que subyace a toda producción literaria en tanto forma parte de una cultura que registra un proceso de hibridación y entrecruzamiento discursivo acentuado en las postrimerías del siglo XX? Éste es el núcleo problemático que intentamos desarrollar con el objetivo de superar las clasificaciones propias del espíritu coleccionista de la modernidad y de abrir una perspectiva que sea permeable a las rupturas y las mezclas propias de la postmodernidad.

La teoría de García Canclini nos dio un marco general para analizar las condiciones de producción y reconocimiento de la hibridación cultural propia de América Latina². Creemos que el concepto de hibridación es útil ya que nos permite una circulación azarosa por las textualidades literarias, libre de sujeciones disciplinarias y receptiva de las quiebras que en ellas se manifiestan. Señala García Canclini³ la necesidad de superar la idea de que la cultura se estratifica en compartimientos estancos, en la que cabrían la cultura denominada «alta», la «popular» y la «mediática», todas analizables desde teorías provenientes de distintos campos del saber; cuando nuestra realidad cultural nos enfrenta a una polifonía, donde lo «alto», «medio» y «bajo» (Umberto Eco, *Apocalípticos e*

integrados) se hallan en tal grado de entrecruzamiento discursivo que necesitamos de ciencias sociales *nómadas* capaces de elaborar, transdisciplinariamente, modelos eficaces para su descripción. En esta cultura polifónica se producen constantes desplazamientos de las fronteras entre las diversas prácticas sociales, por lo que el discurso literario se define cada vez más por los contratos de lectura que el heterogéneo público lector realiza con los textos y no por presupuestos inmanentes a ellos.

La perspectiva abierta por García Canclini generó la posibilidad de profundizar la diversificación y democratización del «campo literario» (puesta en evidencia en el análisis que de él hicimos desde la teoría de Bourdieu). El cruce de estéticas diversas como las proyectadas por las novelas de Usandivaras de Torino, Ahuerma Salazar y Bellone, nos permitieron ahondar un proceso que revela una pérdida de las hegemonías imperantes en las décadas anteriores, al mismo tiempo que relativiza la autonomía del campo artístico (conquistada por la modernidad). Los escritores son cada vez más conscientes de que sus luchas no consisten en lograr un espacio en el interior de un campo (que, por otro lado, ya no está sometido por las hegemonías discursivas de los «consagrados»), sino que deben conquistar, en el ámbito social, a un público lector sometido a las múltiples ofertas de la cultura postmoderna (y a sus estereotipos). Las fronteras entre lo «culto», lo «popular» y lo «mediático» se disuelven, los «modos de expresión» conquistados mediante un proceso de ruptura con los cánones se entrecruzan con procedimientos «realistas» de verosimilización y los textos absorben la polifonía social.

La Sociocrítica de Angenot-Robin, que consideramos congruente con la posición de García Canclini en varios puntos, nos proveyó de elementos para abordar el discurso literario desde una perspectiva plural. Los teóricos nombrados relevan los efectos operados por los «habitus» que las prácticas instauran en los sujetos sociales, —huella en sus producciones teóricas de la reflexión sociológica de Pierre Bourdieu—, efectos que fueron sistemáticamente obliterados por las teorías sociales modernas. También advertimos la recurrencia de una noción que se adscribe al movimiento de pasaje y fluencia intermitente de sentidos nómades: la «desterritorialización». Si propio del pensamiento moderno fue fijar fronteras (territorios) que mostraran la concentración de sentidos y permitieran la clasificación, el viraje teórico consiste en el abandono de tales pretensiones.

Este pasaje de teorías (en el trabajo anterior, recordemos, operamos con Eliseo Verón y Julia Kristeva) requirió lo que más arriba denominamos toma de posición crítica frente a los distintos *locus de enunciación* de las mismas. García Canclini se desplaza de la Argentina a México, país que le ofrece mejores pers-

pectivas para desarrollar su teoría antropológica; Marc Angenot y Regine Robin son dos teóricos franceses que fundaron en Montreal (Canadá) un Centro de Investigaciones sobre el Discurso Social. El desplazamiento desde el centro (París) a las márgenes⁴ es una elección que pone a los sujetos de enunciación de las teorías en situaciones no precisamente cómodas. A la inversa, Eliseo Verón es desplazado por razones políticas desde las márgenes (Argentina en la década del setenta) al centro (París), mientras que Julia Kristeva (búlgara) también emigra (por razones similares a Verón aunque de distinto signo político) de la periferia a París⁵. El caso de García Canclini/ Angenot-Robin es el de una elección, el de Verón-Kristeva, una imposición, pero, fuera de esto, nos importa aclarar que tal producción teórica enunciada en las márgenes resulta pertinente para trabajar textos *de las márgenes* (es necesario agregar, además, que consideramos nuestro campo cultural más cercano a la región andina que a la metropolitana).

Más allá de esas cuestiones lo pertinente es que desde distintos lugares de enunciación se percibe una diferencia radical en la elección del objeto de estudio: para Eliseo Verón éste se circunscribe a discursos sociales parcelados ex-profeso –huella del espíritu coleccionista moderno– por cuanto sostiene que operar con el «discurso» en singular significa una reducción ilusoria. Dice Verón: «uno trata con discursos y no con el discurso: el discurso me parece un objeto ilusorio» (1988). En tanto Marc Angenot sostiene que los discursos sociales en singular están sobredeterminados por los rasgos englobantes de los sectores discursivos, por ello privilegia la noción de «hegemonía discursiva» como la red que los atraviesa y los subsume, imponiendo su estudio en singular. La Sociocrítica concibe el discurso social como «lo que llega al oído del hombre en sociedad, como fragmento errático, rumor desmembrado aún así portador, en el caos mismo, de los conflictos y debates en los que el oído interviene» (Angenot-Robin, 1988).

Es interesante observar que la teorización veroniana se muestra más adherida a los estudios lingüísticos que la Sociocrítica –habla de gramáticas de producción y reconocimiento– al tiempo que acentúa la «territorialización» de las distintas prácticas sociales. La sociocrítica recoge, en cambio, aunque desplace su registro perceptivo de lo visual a lo auditivo, reflexiones que provienen de otros campos del saber, entre ellas, las realizadas por Michel Foucault (quien puso el acento en la «visibilidad», es decir, en la huella visual de la escritura más que en la auditiva como se lee en la formulación de Angenot). El papel del sociocrítico es el de reconstruir las reglas de lo decible y lo escribible, división regulada por marcas discursivas, por mallas interdiscursivas y una «tópica», las maneras de decir propias de un estado de sociedad. Luego de este trabajo se construye un

sociograma (Claude Duchet) al que se define como «conjunto evanescente, inestable, conflictivo, de representaciones parciales centradas alrededor de un nudo, en interacción las unas con las otras» (Angenot-Robin, 1988). Esta quizá sea la diferencia radical con la teoría de Eliseo Verón, porque el sociograma da cuenta de la heterogeneidad constitutiva (Cfr. Mijail Bajtin) que está en el corazón de toda interacción verbal. Es una unidad donde no se borra la «polémica» explícita ni la «larvada», es un «vector semántico conflictual», mientras que los discursos aparecen como unívocos: a cada práctica social le corresponde uno. Como vemos, la noción de *dialogismo* desarrollada por Bajtin impregna la Sociocrítica.

La misma noción de *sociograma* le permite a Regine Robin analizar el paso de lo discursivo a lo textual y en ese proceso, polemizar teóricamente con Angenot, por cuanto ella sostiene que es la textualización lo que produce un «efecto» que puede contradecir la hegemonía discursiva social. Desatender la materialidad textual impediría diferenciar dentro del discurso social al texto literario, el que, en mayor medida aunque no en todos los casos, contradice la hegemonía discursiva en un estado de sociedad. La literatura, según Robin, puede operar sobre el discurso social como:

- a) reforzamiento de sus líneas de fuerza –ideologemas del signo y del símbolo⁶
- b) interrogación de su lógica –pluraliza los mensajes, «opacifica» lo que en los discursos de información y de saber se da con la claridad de las certezas afirmadas
- c) una práctica que resiste a la hegemonía, que funciona en el exceso –las líneas b y c corresponderían al ideograma del trasigno

La polémica se inscribe en el marco mayor de la discusión acerca de la especificidad del discurso literario. Angenot descrea de la misma, incluso llega a afirmar que los estudios literarios han desarrollado cada vez más teorías a propósito de un objeto inexistente, mientras que la necesidad actual –y razón del CIADES arriba mencionado– es abreviar de las teorías elaboradas por el ámbito de dichos estudios, para poder analizar un objeto nuevo existente: el discurso social.

Sin pretender terciar en dicha polémica, no dejamos de sentirnos más seducidas por las afirmaciones de Robin, ya que éstas implican la recuperación, para las literaturas, de un espacio de disidencia, teniendo en cuenta, sobre todo, el poder hegemónico y homogeneizante de los discursos –el de los medios masivos de comunicación quizá sea el más fuerte en este sentido–. Sea como fuere, tanto Angenot como Robin concuerdan en que el discurso social se formula en una tensión dialéctica con los hábitos y los usos, no discursivizados, que integran las experiencias pasadas, funcionan como matriz de percepciones y son generadores

de prácticas distintas⁷. Esta afirmación permite enlazar la Sociocrítica con la reflexión de Pierre Bourdieu que anunciáramos más arriba, a propósito de la diferencia entre «lógica de la teoría» y «lógica de la práctica». Dentro de esta última «lógica», el análisis de los hábitos y los usos permite observar cómo se proyectan en forma distorsionada en el discurso social los antagonismos entre hábitos, roles sociales y textos. Esto nos permitió, en la lectura de los textos literarios a propósito del corpus seleccionado por Marta Ibáñez de la poeta Teresa Leonardi Herrán, recuperar el conflicto que su escritura planteaba. El proyecto ideológico como dictado del rol social (autor) entraba en fuerte pugna con los hábitos y los usos de un «saber literario» construido desde los símbolos de la tradición occidental (las figuras heroicas de los mitos griegos y del cristianismo) es decir, se percibía una poesía revolucionaria en las matrices simbólicas propias de dicha cultura. Pero esta percepción, lejos de resultar paradójica nos reafirmaba aún más en el desarrollo de una propuesta de lectura que permitiera sostener las incongruencias más que su borramiento. La idea de mantener los conflictos en lugar de reducirlos de modo tranquilizador, tal como ha venido ocurriendo a lo largo y a lo ancho de los estudios literarios, nos seduce más como investigadoras ubicadas en un campo cultural y social que, a veces, resiste la polémica.

Las lecturas realizadas desde este amplio marco teórico nos permitieron entender que las contradicciones e irregularidades de la escritura salteña de los ochenta-noventa, producidas en un mismo espacio y tiempo, no son susceptibles de un análisis lineal ni de una taxonomía explicativa. Analizamos textos líricos y narrativos que, desde postulados tan diversos como el «realismo social», «el feminismo», «el discurso de la historia», «la genealogía», por ejemplo, invierten la trayectoria canónica fisurando el discurso social hegemónico. Escrituras de hombres y mujeres de edades diversas que no se pueden reunir generacionalmente, ni regularizar a partir de poéticas compartidas (ningún manifiesto unificador), fueron leídas como síntoma de que –como enuncia Regine Robin– la literatura es un «descentramiento en el imaginario social que permite cambios» (Robin, 1994). Desde este punto de vista, las escrituras analizadas constituyen un contradiscurso de las líneas hegemónicas que pretendieron monologizar lo social y lo literario, excluyendo miradas y oídos indiscretos que pudieran ver las imágenes y oír el rumor de las transformaciones.

Construida desde la alteridad, del género femenino en el caso de Rosa Machado, Teresa Leonardi Herrán, Zulema Usandivaras y Liliana Bellone y de las márgenes sociales en lo que corresponde a la elección de un punto de vista, en referencia a Maita y Ahuerma Salazar, la escritura salteña de estas últimas décadas disemina y entreteje varios planos de significación. Al detenernos en ellos

construimos a partir de las interconexiones que los propios textos ofrecen –y no mediante una clasificación– una red que nos permitió organizar un sociograma cuya figura central es la del «héroe».

Enfrentadas con la modelización ejercida por el centro mismo de la hegemonización discursiva cual es la «fábrica» de los medios masivos, las narrativas de Ahuerma Salazar, Torino y Bellone invierten los valores sociales legitimados por el discurso dominante y enunciados desde los medios referidos. En el primer caso, se escenifica el discurso histórico, que construyó relatos del pasado colonial y el inmediato, y se lo somete a cuestionamiento en *Alias cara de caballo y la república cooperativa del Tucumán*. En los otros dos se contradice un discurso social que se impone como la «doxa» e inscribe a la mujer y al inmigrante en un lugar de sometimiento y desvalorización (*La esposa y Augustus*, respectivamente).

Los procedimientos de tal inversión son diferentes en cada una de las novelas consideradas: transmutación, gradación ascendente y descendente de las figuras heroicas, que, sin embargo, se organizan a partir de un conflicto común, el de la construcción de las imágenes en las que los «actores» se reconocen: precarias e inestables.

En el corpus de textos líricos la enunciación construye una diversidad de sujetos cuya dominante es la exclusión. La valorización del espacio doméstico, donde se desenvuelven actores sociales marginados de los roles que el discurso social hegemónico privilegia, la puesta en escena de existencias segregadas por ser «miserables» (Maita) y la resignificación de la travesía del héroe de la tradición clásica y judeo-cristiana cuyo investimiento figurativo es el revolucionario (Leonardi Herrán) son modos de invertir modelos e inscribir la alteridad.

A modo de conclusión provisoria

La experiencia de investigación nos demostró cuán importante resulta confrontar teorías y contrastar prácticas. Un problema que debe superar la formación universitaria en nuestra área consiste en que se sigue insistiendo en la «aplicación» de los modelos teóricos, negando las diferencias propias de dos lógicas: la teórica y la práctica.

Al mismo tiempo, los dos trabajos que desarrollamos generaron, con distintas estrategias, la necesidad de «saber más» acerca de nuestro objeto de estudio. El primero motivó la relectura y reescritura realizadas en el segundo y éste, no fin acabado sino principio abierto, nos problematizó acerca de lo que es motivo de nuestra actual investigación, «La literatura en la escuela», inscripto en un

programa más amplio que deberíamos desarrollar si queremos ser consecuentes: la elaboración de una sociocrítica de la lectura en América Latina, donde cabría pensar en las relaciones del campo social salteño con el latinoamericano. Desplazar, entonces, el planteo del sistema literario salteño a la problemática de para quiénes se escriben los textos y qué efectos producen en los lectores las diversidades textuales. Qué se lee, en lugar de qué se escribe, podría darnos pautas más certeras para entender los procesos sociales, porque las prácticas de lectura se inscriben como un tatuaje invisible en nuestra percepción. Quizás de tan ambicioso proyecto inframos algunas de las razones por las que nuestro continente persiste en su dependencia colonial. Nosotros, los «intelectuales» latinoamericanos somos una prueba muy flagrante de ello.

La introducción, parte III y conclusión provisoria fueron escritas por Susana Rodríguez; la parte I, por Marta Ofelia Ibáñez y la II, por Elisa Moyano.

Notas

II.

¹ Nos referimos a la narración del episodio de la muerte de Juan Carlos Dávalos (Adet, 1981: 21 y 22) y al poema dedicado «A Baica Dávalos» (Regen, 1992: 159).

² Bourdieu habla de «inversión» en relación al gasto que realiza el actor social para su ingreso a un campo determinado.

³ La pervivencia de la institución del mecenazgo hasta avanzado el siglo XX en Salta, confirma lo afirmado en la nota 1.

⁴ Recordemos que ambos poetas, Juan Carlos Dávalos y Manuel J. Castilla, poseen monumentos en las avenidas Virrey Toledo e Hipólito Irigoyen, respectivamente. Otros escritores tienen solamente bustos, como César Perdiguerro y Jaime Dávalos, hijo de Juan Carlos.

⁵ El gesto de «buscar teorías» nos hizo reflexionar, en esta instancia, sobre esa gestualidad enmarcada ciertamente en la dependencia teórica de Latinoamérica.

III.

¹ Entendemos «heurístico» en el sentido de que nos permitió un análisis plausible, (característica de las ciencias sociales) sin dar una auténtica demostración, como es propio de las ciencias «duras».

² Néstor García Canclini es un antropólogo argentino radicado en México, país que le ofreció mejores condiciones para la producción del conocimiento referente a las teorías culturales.

³ Habría que pensar si la noción de ideologema no podría leerse como propia de

la mirada moderna estratificadora, por lo tanto incapaz de percibir los entrecruzamientos.

⁴ Recordemos que Canadá es, curiosamente, un país en el centro y en las márgenes del primer mundo, en relación a E.E.U.U. es subsidiario de una economía central. Este último país también reúne en sí mismo el centro y las márgenes, por obra de la inmigración del tercer mundo que provoca cruces e interferencias culturales, por cierto, duramente reprimidas en la actualidad.

⁵ Es interesante observar la «travesía» teórica de Julia Kristeva: del Semanálisis al Psicoanálisis, práctica a la que se dedica absolutamente desde hace una década. Eliseo Verón, en cambio, puso al servicio del Marketing sus profundos conocimientos teóricos que lo ubican, hoy, como el máximo referente a la hora de buscar un «especialista». Lo devoró la ideología de mercado.

⁶ Michel Foucault elabora una teoría del poder desde la cual podemos leer los ideogramas del signo y del símbolo como similares, en tanto al realizar una oposición frontal refuerzan las líneas del poder aunque aparenten contradecirlas.

⁷ La Sociocrítica y la teoría cultural de García Canclini recuperan la dimensión de los *habitus* y *los usos*, es decir, la práctica en el sentido bourdiano, relativizando así la afirmación foucaultiana de que «todo es discurso».

Bibliografía teórica

Introducción

GREIMÁS, A. J. 1990. *De la imperfección*, México: F.C.E. Univ. Aut. de Puebla.

LOTMAN, Y. et al. 1979. *Semiótica de la cultura*, Madrid: Cátedra

I.

KRISTEVA, J. 1981a. *Semiótica I*, Madrid: Fundamentos.

———. 1981b. *Semiótica II*, Madrid: Fundamentos.

———. 1981c. *El texto de la novela*, Barcelona: Lumen.

PECHEUX, M. 1987. *Análisis automático del discurso*, Madrid: Gredos.

VERÓN, E. 1985. *Perón o muerte*, Buenos Aires: Legasa.

———. 1987. *La semiosis social. Fragmentos para una teoría de la discursividad*, Buenos Aires: Lumen.

Los escritores a los que se hace referencia en esta parte son aquéllos cuyos textos se analizaron en el trabajo 325:

Nancy García

Jesús Ramón Vera

Raquel Escudero

Mercedes Saravia

Emilia Virginia Acosta

Liliana Bellone
 Antonio Gutiérrez
 Alicia Poderti
 Víctor Fernández Esteban

II. y III.

- ANGENOT, M. 1981. «*El discurso social. Problemática de conjunto*», en *Cahier de recherches sociologique*. [Traducción de la Cátedra de Teoría literaria, Prof. Zulma Palermo, UNSa].
- . 1993a. Curso de Postgrado: «Metodología de análisis del discurso» dictado por el convenio CIADES (Montreal) y CEA (UNCórdoba), Mimeo.
- . 1993b. «El olvido y la ficción. Sobre la genealogía de la novela». Conferencia dictada en el marco del postgrado referido supra.
- ANGENOT, M., y R. ROBIN. 1988. «*La inscripción del discurso social en el texto literario*», *Sociocriticism*, 1. (Julio) [Traducción de la Cátedra de Teoría Literaria, prof. Zulma Palermo, UNSa].
- . 1989. «*Pensar el discurso social: problemáticas nuevas e incertidumbres actuales. Un diálogo entre A y B*». *Sociocriticism*, vol. III. 2. Montpellier [Traducción cátedra de Teoría literaria, Prof. Zulma Palermo].
- BOURDIEU, P. 1983. *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires: Gandhi.
- . 1988a. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus.
- . 1988b *Cosas dichas*, Buenos Aires: Gedisa.
- . 1991. *El sentido práctico*, Madrid: Taurus.
- . 1995. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona: Anagrama.
- DERRIDA, J. 1971. *De la gramatología*, México: Siglo XXI.
- FOUCAULT, M. 1987. *Historia de la sexualidad*, México: Siglo XXI.
- GARCÍA CANCLINI, N. 1990. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- MANDELBROT, B. 1993. *Los objetos fractales*, Barcelona: Tusquets.
- MIGNOLO, W. 1994. «Occidentalización, imperialismo, globalización: herencias coloniales y teorías postcoloniales». Conferencia ofrecida en el II Encuentro Internacional sobre Teorías y Prácticas críticas. Mendoza, agosto [Transcripción y resumen de la conferencia grabada: Alicia Poderti, UNSa].
- ROBIN, R. 1994. «*Discurso social y texto literario*». Seminario de Postgrado, CIADES (Montreal) y CEA (UNCórdoba), Mimeo.
- RUELLE, D. 1993. *Azar y caos*, Madrid: Alianza.

Los escritores a los que se hace mención en las partes II y III son aquéllos cuyas producciones se leyeron en el trabajo 422:

Liliana Bellone
Juan Ahuerma Salazar
Teresa Leonardi Herrán
Rosa Machado
Carlos Jesús Maita
Zulema Usandivaras de Torino

Bibliografía crítica

II.

- ADET, W. 1981. *Cuatro siglos de literatura salteña. 1582-1981*. Salta: Ed. del Tobogán.
- ARÁOZ ANZOÁTEGUI, R. 1980. «*Juan Carlos Dávalos: Un testimonio de su obra y su persona*», en *Actas Simposio de Literatura Regional*. Salta, Sec. Est. Ed. y cultura.
- BOTELLI, J. J. 1980. «*De mi amistad con Juan Carlos Dávalos*», en *Actas*. Ibidem.
- CHIBÁN, A. et al. 1982. *Estudio socio-económico y cultural de Salta*. Area literaria. Tomo II. Salta: Imprenta de la Universidad Nacional de Salta.
- GARCÍA PINTO, R. 1976. «*Semblanza y recuerdo de Juan Carlos Dávalos*» en *El sarcófago verde y otros cuentos de Juan Carlos Dávalos*, Salta: Fundación Michel Torino.
- OVALLE, H. 1979. *Poesía de Salta. Generación del '60*, Salta: Fundación Carmen Rosa Ulivarri de Etchart.
- PALERMO, Z. y GEL. 1987. *La región, el país. Ensayos sobre poesía salteña actual*, Salta: Comisión Bicameral de Autores Salteños.